

considera, junto a otras teólogas, la posible autoría femenina colectiva de este texto.

La autora transmite el saber sapiencial del texto bíblico a través de la simbología de la naturaleza, los colores griegos que parten de la luz y de las tinieblas, la *ruah* —o sea, el Espíritu, principio femenino— así como su reflejo. El Dragón Rojo, la dragona, que nunca muere del todo, ni en el *Apocalipsis* ni en la *Leyenda áurea* de Iacopo da Varazze (siglo XIII), es, junto al águila y su vuelo, un símbolo egipcio de fertilidad femenina, vinculado, a su tiempo, al Verbo y a la palabra creadora. Como la vida y el tiempo, el ritmo del *Apocalipsis* es el del nacimiento, la muerte y la regeneración.

La voz apocalíptica, siguiendo a la autora, es la voz femenina de la Divina Presencia. Este es un texto que parte de la imagen en tanto que la profecía es el don de la visión. Potente nos propone, entonces, un ejercicio de contemplación, fuera de cualquier centro de poder, para poder alcanzar la verdadera *metanoia*.

HELENA CASAS PERPINYÀ
hcasaspe8@alumnes.ub.edu
Universitat de Barcelona

D.O.I.: 10.1344/Lectora2022.28.22

Mis días en México. Diarios (1939-1953)

Manuela Ballester Vilaseca, Carmen Gaitán Salinas (ed.)

Sevilla, Editorial Renacimiento, 2021, 925 pp. ISBN: 978-84-18818-46-2

Hace algo más de veinte años la Editorial Renacimiento inició la colección Biblioteca del Exilio, donde se han publicado escritos de muchas autoras de la denominada Edad de Plata. La última en ser añadida a esta nómina es la artista Manuela Ballester Vilaseca (Valencia, 1908-Berlín, 1994), conocida sobre todo como pintora y muralista, aunque también escribió poesía. Los textos publicados, sin embargo, no son sus poemas —inéditos en gran parte— ni tampoco una recopilación de sus textos sobre arte o política, sino los diarios personales que escribió entre 1939 y 1953 en el exilio mexicano.

Manuela Ballester estudió Bellas Artes en la Escuela de San Carlos y se profesionalizó como ilustradora, cartelista y figurinista, trabajando para diversas editoriales y revistas. Formó parte de la llamada Generación Valenciana de los treinta, compartiendo el interés por relacionar las prácticas artísticas de vanguardia y la transformación política, al igual que el artista Josep Renau, con

quien se casó en 1932. Afiliada al PCE, formó parte de la UEAP (Unión de Escritores y Artistas Proletarios) y de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, y fue directora de *Pasionaria: Revista de las mujeres antifascistas de Valencia*. Mujer y artista comprometida, tuvo que exiliarse al finalizar la guerra, atravesando los Pirineos a pie —como tantas otras mujeres y hombres— con sus dos hijos mayores Ruy y Julieta, su madre (la “*mare*” de los diarios), su cuñada (la también pintora Elisa Piqueras) y sus dos hermanas menores, Josefina y Rosa Ballester, que desarrollaron en México su carrera como grabadoras. Tras reunirse con Renau a la salida de este del campo de concentración de Argelès-sur-Mer, la familia se embarcó en el vapor *Vendamm* hacia Nueva York y desde ahí llegaron en autobús a instalarse en la capital mexicana. Apenas una semana después de la llegada, Manuela Ballester anotó en su diario “Hemos comenzado ya la serie de cosas extraordinarias que empezamos a vivir”.

Los *Diarios* publicados se inician justamente con el relato de este viaje y recogen catorce años de vida en México. Escritos en cinco cuadernos de diferentes formatos, algunos permiten solo unas cuantas líneas de anotaciones diarias, otros dejan amplio espacio a reflexiones, y ambos formatos se superponen cronológicamente. La editora de los diarios, Carmen Gaitán Salinas, los ha ordenado cuidadosamente y ha realizado una ingente labor de documentación sobre datos y personas citados por la pintora, elaborando un aparato de notas muy exhaustivo que facilita y amplía la comprensión del panorama del exilio republicano en México. Así mismo, ha realizado la transcripción de los cuadernos y la traducción al castellano de aquellos escritos en valenciano (la artista escribió en castellano durante los primeros siete años del exilio mexicano y luego comenzó a hacerlo en su lengua materna). La edición se completa con una introducción, un estudio sobre la artista y un muy útil índice onomástico.

Nos encontramos ante un formato, el del diario, tradicionalmente considerado como escritura privada, íntima, personal. Ballester recoge anotaciones y reflexiones de asuntos muy diversos: sobre su relación de pareja, sus sentimientos sobre la maternidad, el meticuloso cuidado que dedica a los hijos (en México nacerían Tohtli, Teresa y Pablo), la economía familiar, sus momentos de descanso y placer (lecturas, películas, músicas...), consideraciones sobre su carácter y su “sed de ser”, etc. También, reflexiones y cuestionamientos sobre sus inquietudes profesionales y su práctica artística: su pintura y su importante participación en proyectos murales, sus dudas en la búsqueda de un estilo propio, sus investigaciones (como la magnífica que realiza sobre el traje popular mexicano), los encargos editoriales, publicitarios y de diseño gráfico a la empresa familiar. Incluye también Ballester sus experiencias de viajes y sus sentimientos de descubrimiento del nuevo país (“He sido sorprendida por los más maravillosos tonos de la tierra”, escribe al llegar), la nostalgia por todo lo perdido, la situación política (tanto mundial como los avatares de la comunidad exiliada), los recuerdos

de la guerra, la rabia, las preocupaciones y pesadillas por los que han quedado presos (como su hermano Tónico o su cuñado Ángel Gaos, que se exiliarían a México años más tarde) y anotaciones sobre la organización de la vida cotidiana, listados de compras, de pendientes, de ingresos y gastos y organización de las numerosas comidas y reuniones que se celebraron en su casa, con la imprescindible colaboración de las paellas de la *mare*... En su afán, Ballester incluye también copias de las cartas que escribe, incluso a Renau.

En su heterogeneidad de contenidos, los diarios de la artista son, también, una historia del exilio republicano español en México, que mezcla sin jerarquía la historia colectiva y la íntima, lo político y lo personal (que, como sabemos, es político). De entre todo lo escrito querría destacar el relato de su experiencia singular, la de una mujer artista que, en el exilio mexicano y en la década de 1940, quiere seguir desarrollando con plenitud su pasión por la pintura, su carrera profesional y su papel en la casa, la familia y la crianza de los hijos: “cinco críos a quienes atender (dicho sea de paso, son lo que por ahora más me interesa)”, anota en febrero de 1948. En sus diarios expresa con frecuencia las dificultades para organizar el tiempo dedicado al trabajo artístico personal, al profesional y al doméstico: “Trabajo poco, debo trabajar más [...]. Me distraen demasiadas cosas, los niños, la casa, el dinero que cuento y recuento para que llegue a final de mes”, escribe en septiembre de 1939.

La figura de Ballester, como la de muchas otras artistas, está siendo estudiada en los últimos años y su obra incorporada a exposiciones y museos (en 2023 el IVAM presentará la primera gran antología de su obra, comisariada por Carmen Gaitán). La lectura de sus diarios nos permite asomarnos a una experiencia femenina del exilio y, en palabras de la editora, “habitar los días” de la artista. Nos invita, además, a elaborar otras narrativas del exilio que incluyan tanto las experiencias de las exiliadas como las políticas sexuales, completando y complejizando el estudio del exilio en México.

MARÍA JOSÉ GONZÁLEZ MADRID

mariajosegonzalez@ub.edu

Universitat de Barcelona

D.O.I.: 10.1344/Lectora2022.23